

# Lo que hablan los pobres en los pajares

Por RAFAEL GAMBRA

Hace unos meses, a raíz de la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes, publiqué yo un pequeño comentario titulado «LO QUE HABLAN LOS POBRES EN LOS PAJARES», comentario que obtuvo una difusión amplia, por mí no buscada.

Me refería en él a las conclusiones de aquella famosa Asamblea, juzgada por entonces como «un hecho positivo y dinámico» por el Presidente de la Comisión Episcopal.

En ellas —decía— se aprobó el trabajo civil de los sacerdotes, una petición para ordenar a los casados (supresión del celibato), el «valor eclesial» de las «comunidades de base» (anulación de la iglesia jerárquica), la igualdad de sexos ante la Iglesia (en el sacerdocio, se entiende). En ellas también se deploró que la Iglesia mantenga aún el aspecto de una religiosidad moralizadora y no el de «un servicio a la promoción y progreso de los pueblos». Y quedó en puertas una «petición de perdón» de la Iglesia por no haberse mostrado neutral en la guerra de España entre los que luchaban por Dios y los que destruían templos y asesinaban a cristianos por serlo.

● Decía yo — y repito — que, una vez aprobadas y bendecidas esas conclusiones, ya todo da igual. Una asamblea que se compla-ce en subvertir, negar, escarnecer cuanto constituyó el ser de la Iglesia milenaria y su permanente magisterio, y cuyos miembros reciben todo su poder y dignidad de esa misma tradición que vili-pendian, está juzgada por sí misma. No necesita jueces. Su labor destructora del catolicismo español es probablemente definitiva. Misión cumplida.

Después de todo ese cúmulo de insensateces sacrílegas, compa-

raba yo las constantes «declaraciones» de nuestros prelados progresistas con «lo que hablan los pobres en los pajares»: esos diá-logos inútiles, estelares, entre humanos que nada poseen ni nada pueden resolver, que se han encontrado por azar y quizá nunca volverán a verse en su caminar vagabundo...

● Pero ahora, a los pocos meses de aquello, el parecido con los pobres de los pajares se ha visto reforzado por otro importante aspecto. Me refiero al famoso «documento de Roma» y al «donde digo digo no digo digo, que digo Diego».

Los pobres de los pajares suelen acompañarse en sus frías noches de una botella de vino, cuando el bolsillo se lo permite. Roto en ellos todo vínculo de asiento o de deber hacia un mundo real, sólo el alcohol les proporciona el consuelo de unas horas subli-madas.

Cuando amanecen, todavía bajo la feroz resaca, es frecuente oírles lanzar gallardas peroratas por las calles del pueblo.

—...porque la Guardia Civil, ya se sabe, es el oscurantismo y la prepotencia. Eso. El oscurantismo y la prepotencia. Además, el tricornio...

Suele ocurrir también que en algún pasaje de su discurso se cruce con el mendigo el cabo de la Benemerita y le dirija una mirada de través. Entonces el hombre continúa:

—«porque lo que yo digo, señor Teniente, el orden y la justicia. Eso es. El orden y la justicia. Yo siempre que veo un tricornio me descubro. Mire, así...»

¿Quién escucharía las terceras declaraciones?